

D. Sölle: 'Religiosas en una sociedad nueva', pp. 462 ss. — J. Abella: 'Inculturación de la vida religiosa en el Japón', p. 147. — G. de la Torre: 'Cómo vivir el reino de Dios en las culturas minoritarias', pp. 139 ss. — A. López Quintás: 'Testimonio de fe en el medio universitario', pp. 78 ss. — B. Martín Gayubo: 'Comunidad de inserción misionera en el pueblo indígena Kuna', pp. 73 ss. — M. Revuelta González: 'Inculturación en la historia de la Compañía de Jesús', pp. 135 ss.

II.—RESEÑA DE LIBROS

A. Torres Queiruga, *La revelación de Dios en la realización del hombre* (Academia Christiana, n. 36) (Madrid 1987). Edit. Cristianidad. 505 pp.

Hemos ido comprobando el irresistible ascenso teológico de Andrés Torres Queiruga, teólogo compostelano, en los hitos de su producción teológica. En un principio: *Constitución y evolución del dogma*. La teoría de Amor Ruibal y su aportación (Madrid 1977). Después vino *Recuperar la salvación* (Madrid 1979). Y ahora, *La revelación de Dios en la realización del hombre* (Madrid 1987). Esta trilogía ha estado precedida de artículos precursores. Y dos de sus obras han conocido su primera redacción y aparición en lengua gallega para simultanearla pronto con la castellana «profundamente entrañadas por lazos de sangre y de cultura» en palabras del autor, que es a su vez fundador y director de la revista gallega «Encrucillada» de pensamiento e inspiración cristiana.

Nace y se desarrolla esta obra según palabras de su autor, sobre la intuición básica de otra obra suya anterior: *Recuperar la salvación*. Y que viene a concretarse en esta proposición teológica básica que encabeza y late en las entrañas de este libro: «Se trata de la evidencia-convicción de que Dios, como puro amor siempre en acto, está siempre revelándose al hombre en la máxima medida que le es posible» (p. 461).

Pero le acompaña otra intuición de base que es su teoría particular y novedosa sobre la revelación cristiana y que él expone con mimo: «la categoría de ma-yéutica histórica». Aplica a la concepción de la revelación de Dios en diálogo con el hombre viene a ser como la educación y experimentación de ser una «nueva criatura» y de darse en el hombre un «renacimiento» al ponerse éste en contacto con aquella en la profundidad de la acogida (cap. IV, pp. 117-160 y 464 s). Tales son las virtudes creativas, regenerativas y transformadoras del hombre que tiene la revelación de Dios. Se trata de imbricar el «quoad se» de la revelación de Dios con el «quoad nos» de la salvación. Es sacarle todo el jugo teológico a la categoría del «propter nos» de la revelación-encarnación y a la categoría cristológico-soteriológica de Bonhöffer de la «pro-existencia» de la revelación en nosotros. Desde estas dos ideas básicas, como principios iluminadores, van esclareciéndose otras áreas y otras cuestiones más particulares de la revelación cristiana, como por ejemplo «su plenitud escatológica» o su «universalización» o su relación-diálogo-confrontación con las otras religiones, e incluso con la salvación de los no-creyentes.

La obra asume la doble tarea de responder a los retos de una teología fundamental tal como se entiende hoy. Da satisfacción a los prolegómenos filosóficos y existenciales de la revelación y de la recepción por parte del hombre en la fe.

Al mismo tiempo extiende su competencia a lo que es también tarea de la teología fundamental en el seno de toda cuestión teológica: hacerla razonable y creíble; explicar desde dentro el acto y naturaleza de la revelación en la recepción dialógica del hombre en la profundidad del encuentro religioso. Y todo esto salvando el doble escollo, el mar de las «sirtes» y de «los sargazos» juntos, que tiene la teología de la revelación hoy: el *extrinsecismo* y el *inmanentismo* de la revelación que vienen planteados desde el modernismo. Dicho sin tecnicismos abstractos: cómo hacer ver que la revelación de Dios no viene al hombre como «un aerolito» extraterrestre y extraño al hombre, y cómo no convertirla en una proyección subjetiva o en una creación ilusoria de la subjetividad del hombre.

Torres Queiruga no ha ahorrado medios ni ideas para llevar a cabo esta empresa teológica arriesgada. Digamos que se inscribe claramente en una teología escrita para dar respuesta al reto y dentro del panorama de la Ilustración europea. Retoma para ello a sus más válidos interlocutores de primera hora: Lessing y Kant. Y con ellos y con otros traza el diálogo más apasionante y dramático hasta nuestros días que vive la tercera etapa de la Ilustración en su versión post-moderna.

Es un diálogo a dos bandas: por un lado, los pensadores seculares de la Ilustración y por otro los teólogos que le han precedido en este esfuerzo y en esta tarea modernizadora. Teólogos europeos y norteamericanos. Se nota la ausencia de la teología de la liberación, aunque el fondo sea común. Habría que preguntarse quizá por esta ausencia: ¿es la irrelevancia en lo teórico de lo que adolece la teología de la liberación sobre una concepción explicitada de la revelación? Pero la cuestión de la «salvación-liberación» y la «praxis» hace que ponga aquella la relevancia de la categoría de la revelación en el «quoad nos», que persigue el autor. La «mayéutica histórica» de Torres Queiruga debe dialogar y atender a los objetivos de la teología de la liberación colmando esta laguna.

Con todo hay que señalar esta obra como una de los más profundas y ambiciosas —en el mejor sentido— del panorama teológico español, pero también del europeo. Se pueden señalar intentos parecidos y parecidos en nuestro panorama, dignos de correlacionarse entre sí en un debate en profundidad para hacer aflorar las riquezas comunes y los matices diferenciadores, pero también para superar escollos, juntar claridades y despejar incógnitas e insuficiencias teológicas. Me vienen a la mente ahora J. M. Rovira Belloso en sus dos obras fundamentales (y una casi homónima) *Revelación de Dios, Salvación del hombre* (Salamanca 1979) y *La humanidad de Dios* (Salamanca 1986); X. Picaza, *Experiencia religiosa y Cristianismo*. Introducción al misterio de Dios (Salamanca 1981); O. González de Cardeda, *La gloria del hombre*. Reto entre una cultura de la fe y una cultura de la increencia (Madrid 1985) y la siempre fundamental obra de J. Martín Velasco, que se hace imprescindible por su claridad y profundidad, *Introducción a la fenomenología de la religión* (Madrid 1978) y *Encuentro con Dios*. Una interpretación personalista de la religión (Madrid 1976). Y el teólogo catalán S. Pié Ninot, *Donar raó de l'esperança*. Esbós de Teologia Fonamental (Barcelona 1983).

En el amplio «fiato» de Torres Queiruga se ha querido recoger la problemática teológica del modernismo, con su dramatismo arriesgado, pero también con sus intuiciones y soluciones válidas y decantadas. A este respecto mucho han servido las aportaciones maduras y modernas de la «nouvelle Théologie», que están presentes en esta obra, como también todo el panorama rico y conflictivo del posconcilio.

Se han pretendido esclarecer y actualizar, para la mentalidad y la cultura del hombre de hoy, muchos aspectos de la revelación, como el proceso de «verbalización» para la comprensión de la «teología de la palabra», de la «escriturización» para la recta comprensión de la categoría acuñada como «dictado de Dios» o del Espíritu en ella (pp. 27-56); y otras cuestiones sobre la «tradición», «el canon

operativo», el «magisterio» y los «dogmas», en todo este proceso de expansión y actualización de la revelación (pp. 401-61).

Mucho se ha hecho también para superar el fundamentalismo y el literalismo ingenuo y acrítico y resaltar, en cambio, el proceso histórico del dinamismo revelatorio de Dios, sin mermarle ninguna trascendencia de su sobrenaturalidad. En esto hay en la obra grandes logros. Pero me parece más discutible teológicamente la atribución de «error humano» a la conciencia histórica de Jesús referente a los dichos de cercanía sobre la parusía y sobre la venida del reino en consumación, aunque lo avalen teólogos de prestigio como K. Rahner y algunos otros (cf. p. 87). Quizá habría que ver hasta dónde no viene mediatizada esta opinión por una perspectiva demasiado «positivista» e «historicista» de una «escatología consecuente» (J. Weiss, A. Schweitzer, M. Werner), que grava pesadamente sobre la verdadera comprensión cristológica de Jesús: de su ciencia y su conciencia. No es tan fácil de minimizar este tema como otras cuestiones culturales de la época, cuando ella toca al núcleo central del mensaje del reino de Dios, tema fundamental en la revelación-salvación que Jesús anuncia. Hay otras claves más existenciales y personales del reino que pueden disipar esa interpretación de «error histórico», aunque se pretenda minimizarlo y relativizarlo en un contexto judío apocalíptico como algo accidental y de poca monta. La implicación personal de Jesús, el Hijo, con el Padre (abbá) y con el Espíritu Santo, que constituyen verdaderamente el «eschaton» del Reino podrían evitar la realidad y la apariencia del «error histórico», tanto en la inmediatez como en la manera dilatoria de resolverlo, tomadas en la perspectiva historicista del tiempo aplicado al reino.

En una lectura agradecida a la obra y al autor echo de menos también la presencia de algunos temas y enfoques teológicos con los que la obra se vería enriquecida tanto en su contenido como en el diálogo ecuménico. Me refiero a las relaciones personales en el seno de la revelación trinitaria de Dios, de cuyas repercusiones se beneficiaría la misma mayéutica histórica. Si partimos de la rica interpretación trinitaria de Dios hecha por K. Rahner, K. Barth y otros teólogos —sin ir más lejos X. Picaza—: «la Trinidad inmanente es la Trinidad económica», entonces resulta que las relaciones intratrinitarias del Dios, que se revela y salva, se instalan en el seno de la misma interioridad de la historia del hombre-con-los-demás-en-el-mundo. La revelación trascendente trinitaria de Dios emerge no sólo «dentro» del hombre, sino en la intersección profunda de las relaciones inter-humanas en el mundo. De esta manera se esclarecería el acto revelatorio de Dios como algo que es en sí mismo trinitario. Cobraría mayor profundidad la misma «mayéutica histórica», donde la generación eterna del Hijo, Verbo hecho carne, tiene su manifestación en la historia. En él somos hechos hijos. Y el Espíritu Santo que ha intervenido en la generación del Hijo en la historia de los hombres, interviene también en nuestra generación de hijos en el Hijo. La función importantísima del Espíritu Santo en cuanto a la «actualización» de la revelación de Jesús en la historia y en el desarrollo que la conducirá a «la plenitud escatológica», explicaría mejor su «definitividad», su «apertura» y su «consumación». Y además la teología cristiana de la revelación se beneficiaría del otro pulmón que es la teología oriental —cuya ausencia se nota en la obra— que encuentra su centro de revelación y su medio de expresión en la teología trinitaria.

Otro aspecto que echo de menos es quizá un desarrollo de lo que Torres Queiruga llama «la opacidad» que el hombre y la historia de los hombres, e incluso las mismas religiones, presentan y oponen a la revelación viviente de Dios. Esta revelación que él tan bellamente describe como «un sol que presiona en todas partes» para dar a luz o sacar a luz, al mismo tiempo que la imagen perfecta del Dios viviente, la imagen recreada del mismo hombre. Se necesitaría profundizar y matizar más esta categoría de «lo opaco» como lo *anti-revelatorio*: lo que le

corresponde al pecado como actitud libre, negativa y responsable de los hombres, y lo que es finitud estructural y personal, en los individuos, en la cultura de los pueblos y en las religiones.

Estos y otros complementos, en la línea de su pensamiento iniciada y madurada en este libro, nos puede brindar en un futuro el teólogo sagaz que es Torres Queiruga. Esclarecería en qué sentido son las religiones revelación de Dios, pero insuficiente y en algunos casos deformante, de la revelación de Dios en comparación a la revelación de Jesús y a su actualidad y plenitud escatológica en el Espíritu. También merece mención aparte la cuestión nueva que plantea con originalidad y atrevimiento sano sobre la cuestión de K. Rahner de «los cristianos anónimos», a quien echa un pulso en: «Hombre auténtico a-religioso versus cristiano anónimo» (pp. 254-259).

Saludamos como un feliz y rico hallazgo este libro y esperamos que conduzca a «un mayor y dilatado diálogo con todo y con todos», según el deseo expreso del autor.

Eliseo Tourón

J. L. Ruiz de la Peña, *Teología de la Creación* (Santander 1986). Edit. Sal Terrae.

Con este libro sobre la creación, J. L. Ruiz de la Peña nos ofrece un nuevo fruto bien logrado, dentro de su ya importante contribución al quehacer teológico en España. El autor, que piensa en esta obra como libro de texto, articula con sumo acierto y con palmaria claridad, las principales facetas de una «teología de la creación».

El libro se divide en dos partes fundamentales. La primera estudia la creación desde la perspectiva bíblico-teológica; mientras en la segunda parte se abordan una serie de cuestiones conexas con la teología.

La primera parte abarca cuatro capítulos fundamentales. El primero analiza la creación a la luz del Antiguo Testamento. Siguiendo básicamente la hipótesis de W. Schmidt, Ruiz de la Peña considera la dimensión mítica antecedente como asumida por el redactor del «Priesterkodex» y por ello estrecha e indisolublemente vinculada a una interpretación teológica proveniente de la experiencia de la alianza. Por lo que las categorías ancestrales (similares a las de otras religiones o culturas circundantes) se convierten en cauce de expresión de una experiencia y una «teología» nuevas. De este modo la alianza viene a ser como «el fundamento intrínseco de la creación», mientras la creación le presta a la alianza su «fundamento exterior» (por expresarlo en palabras de Karl Barth, en su *Kirchliche Dogmatik III/I*, 103-377).

Esta misma clave de la fundamentación de la creación en la alianza —y por ello en la Palabra— da pie a Ruiz de la Peña para replantear también, —ya en el Nuevo Testamento— el hecho de la creación desde Cristo, «alianza nueva» y Palabra última —a la vez que primera— de Dios. Esta fundamentación cristológica de la creación, con claras raíces neotestamentarias (tal como el autor lo demuestra de modo fehaciente a través de una cuidada exégesis de los textos más relevantes a este respecto), se prolongará luego en la tradición patristica, sobre todo penitencia.

Los capítulos siguientes analizan las aportaciones de los Padres de la Iglesia así como de la teología posterior al tema de la creación. Por último la reflexión teológica del autor se abre en una triple vertiente: el hecho de la creación y sus implicaciones para el ser y la realidad del mundo; el modo de la creación: fruto